POEMAS

POR

NANCY MOREJÓN

PADRÓN

Un río en la memoria
junto a un árbol muy viejo,
un río nombrado Sar
recorriendo mis venas
mientras camino frente a Puerto Tierra
en una ciudad en cuyas venas late
el nombre de quien nombrara al río
en nuestras venas.

Un río a la orilla de una casa
antigua, cincelada en versos cantados en las rías,
en el puerto de La Habana,
en el sonido agudo de las gaitas.

AIMÉ CÉSAIRE

Una piedra en el centro del mar:
es el diamante, el célebre diamante de Fort-de-France
donde un poeta, cuaderno bajo el brazo,
frente a la lava de los volcanes,
frente al arco dorado y su perenne sombra,
pudo anclar para siempre
la flecha de los colibríes
entre los acantilados de una comuna escondida
por los vientos.
Aimé Césaire, traficante secreto de las sales marinas:
Aimé Césaire.
Con tu cabeza y con tu voz,
con tu mano y tu nombre
has logrado inscribir nuestro ser fragmentado
en el imán de los ancestros,
sobre la rosa zombi y el murciélago de Wifredo Lam
allá en su infancia de Sagua La Grande,
sobre la flecha de los colibríes
que nos devuelven las aguas del océano
durante la travesía más larga de los siglos.
Somos precisamente los que sabemos,
desde el fondo del archipiélago,
el verde acqua de nuestro reino y su follaje
y los planetas que nos han convertido
en catauros de palabras fraternas
porque somos una humanidad de luna y sol,
de tierra y hambre,
de rinoceronte endemoniado o zunzún inocente.
Eterno rey de Harlem y las favelas y las chabolas,
aquí estamos tus hijos buscando aún el horizonte,
y un mundo hecho a nuestra justa medida,
sin calma apenas, lanzados sobre
tu flecha de los colibríes,
traída desde Gorée hasta los jardines de Balatá
mientras, en el piso ancestral de una pirámide sin nombre,
entonamos el canto negro de tu estirpe,

tu canto negro, el nuestro, sin odio de razas,
atentos al aire que mecen las cañas
paradas en los tablones de las comunas
y de nuestra historia,
y, más allá de los hirvientes arrecifes,
rugen al fin las tempestades, siempre
diversas en su socorro mutuo, como nuestras almas,
y más allá del perenne horizonte
permanecer clavados en las aguas.

CÍRCULOS DE ORO

Cantan las aves en la mañana,
sobre el techo de la iglesia mediatibunda
pero nadie las escucha a las aves tranquilas
sino el explorador que bajó de las montañas
después de la lluvia. Andar y andar,
atravesando los pastos húmedos,
es una forma de conocer el ambiente
de este pueblo extraño donde las calles
son círculos de oro traídos de la alta mina.
Andar y andar, después que los relámpagos
trajeron su verdad hasta las raíces del almendro en flor.
Oímos todavía el canto bendito de las aves
en la mañana
pero hay unos forasteros, que son soldados,
con sus fusiles en ristre a punto de disparar
sobre la luz del vuelo emprendido por las aves
que cantan en la mañana.
Andar y andar del amigo que contempla
la escena asaltado por el azoro más indescriptible.
Disparan sobre el vuelo azul de las aves
los invasores impunes con sus cascos feroces
y sus fusiles hambrientos de sangre inocente.
Andar y andar, y no comprender nada
sino el derecho de las aves a cantar
y el derecho de los paseantes a escucharlas.

ENTRE TUS MANOS SIMPLES

Entre tus manos simples:
El pájaro estrellado.

Y la sensitiva extraña
entre los patios morunos

En Cárdenas, todos
escuchan el canto
de tu andar
hecho de espuma.

UN GATO PEQUEÑO A MI PUERTA

Fue una lluvia inesperada
saltando sobre los cristales del ventanal.
Unas gotas, con su golpe de furia,
penetraron las pupilas del gato.
Un gato pequeño, despertándose,
a mi puerta.

Manglar, 15 de enero, 2008

OBSIDIANA

A Claribel Alegría, en Managua

Obsidiana es una palabra antigua,
más antigua aún que las altas arenas del desierto,
volando entre las bajas colinas de un paisaje
más antiguo que su propia historia.
Leo obsidiana.
Hay una obsidiana entre las manos de Bud.
Al alba, cantan los lagos como nunca.
Leo obsidiana.
Escribo obsidiana.
Con ella entro a los secretos de las montañas,
a los de la luna alta y blanca,
luna sembrada en los cielos
y en el follaje nacido alrededor de estos volcanes.

SER

Vuelan las aves desde el alba.
Nada se mueve pero
ahí viene la alfombra podrida
soltando huesos
y huevos de tortuga...

¿Dónde pondrán los tres magos
sus manos
o es que sus manos
ya no obedecen a su voluntad
de volar y volar
sobre el río Tigris?

Pasan aves trinando entre el hedor de los caídos.

¿Cómo era la alfombra
de la Quinta Estación de Ventura
soltando huesos también,
atada, como veo,
a los sueños de mi infancia perdida?

O, ¿es que todo se ha vuelto humo
y el espíritu de los sicarios es el mismo,
reverdecido en las ojeras de los invasores,
ahora,
cuando los moradores de Fallujah
son un amasijo de carne y huesos
sin anémonas, sin leyendas, sin esperanza?

Sobre el río Tigris,
río sordo y antiguo,
vuelan las aves en la tarde
y la propia alfombra podrida
que va recogiendo la inmundicia
entre los huevos de tortuga.
Y nuestro ser, ¿a dónde habrá ido a parar,
a dónde habrá puesto su nido?

Vuelan las aves desde el alba sobre el fulgor de los heridos.

Las aves vuelan sobre el Tigris
pero hay un puño que se cierra
pero hay un puño que se abre
y se levanta con su escudo
sobre la carne ardida de un invasor
y un ave canta en el espacio
cuando la luna deja su brillo
sobre el río, sobre el puño.